

poesía, o más bien una parte considerable de ella, está retornando no sin esfuerzo a un grado de lógica y sensatez que la trae del Olimpo enfermizo y un tanto morboso en que a veces se ha colocado, para situarse una vez más al alcance de la clara comprensión y la sensibilidad del común de los seres, a servir como otrora a la exaltación de los sentimientos más hondos que no tienen otro medio de expresión ahora como en todos los tiempos.

ELIANA NAVARRO

### EL PAISAJE EN MI POESIA

QUIERO PEDIRLES que no vean en estas sencillas palabras que van a oír, un estudio fundamental sobre profundos temas literarios, sino que sientan que ellas expresan sólo el deseo de conversar con ustedes, de acercarme a ustedes y mostrarles algo de mi mundo interior, estableciendo esa comunicación, ese contacto que todo artista necesita.

Felizmente está ya lejana la época en que el poeta, el autor en general, rehuía hablar de sí mismo; tal vez por una falsa modestia, por excesiva timidez o porque temiera realmente no conocerse.

Aunque reconozco que me cuesta inmensamente vencer mi timidez, hablaré de mí misma, por parecerme que es la mejor manera de establecer esa comunicación a que he aludido y por creer que es este tema el que conozco mejor. Hablaré del significado del paisaje en mi poesía, su raíz, su verdadero alcance, terminando con la lectura de tres poemas que, me parece, son los que mejor aclaran lo que voy a explicar.

Entiendo por paisaje, en poesía, de una manera amplia, el medio exterior que rodea al poeta, el escenario, si pudiéramos llamarlo así; y de una manera restringida, la naturaleza, los elementos físicos: el mar, la montaña, la lluvia, el viento. Es precisamente a este último aspecto restringido al que voy a referirme dentro de mi poesía.

En la poesía épica, el paisaje tiene un lugar predominante. Ella nos da a conocer muy bien el escenario en que se mueven sus héroes. Lo determina claramente, lo describe incluso con delectación. El "Arauco Domado" y "La Araucana", por ejemplo, nos muestran el paisaje en hermosas octavas.

En la poesía dramática, especialmente en la llamada clásica, las tres unidades: de forma, de tiempo y de lugar, nos encuadran la acción en un determinado escenario. Aún hoy, en que la rebelión contra las normas rígi-

das es tan poderosa, el autor dramático nos da siempre ciertas señales externas que nos permiten situar a los personajes. Por ejemplo, en la hermosa obra de O'Neil, que presentó el Teatro Experimental en Santiago, "Largo viaje hacia la noche", el autor señala un elemento del paisaje: la niebla. Esa niebla que, al abrir las ventanas, se advierte rodeándolo todo, impenetrable, espesa, como la soledad en que se debaten los personajes.

La poesía lírica puede prescindir totalmente del paisaje. El poeta nos está entregando sus propias vivencias y a medida que la exaltación introspectiva crece, el medio físico, el paisaje, se diluyen hasta desaparecer. El poeta canta invadido por su mar interior sin amarras, sin límites, sin espacio. Del exterior tomará a veces ciertos elementos, en cuanto le despiertan una sensación. Dice, por ejemplo, Rosalía de Castro, de las campanas de su aldea: "Campanas de Bastabales, cuando yo os oigo tocar, me muero de soledad."

O cogerá estos elementos para incorporarlos a su sueño, transformados, dándoles una vida nueva, diferente, como recreándolos. Por ejemplo, Carlos Pezoa Véliz, dice en uno de sus más famosos poemas, "Tarde en el hospital":

Sobre el campo, el agua mustia  
cae fina, grácil, leve;  
con el agua cae angustia;  
llueve.

"Con el agua cae angustia" ... El poeta incorpora la lluvia a su mundo interior, a su angustia, a su tremenda soledad de enfermo.

O tomará un objeto determinado del paisaje, para usarlo como un símbolo, como hace, por ejemplo, Jorge Hübner en su poema "El árbol", cuando dice:

Arbol que, como el hombre, te alimentas del lodo ...  
Quiero tu paz severa, tu fe en orar en vano,  
tu esperar, cuando emigran, que las aves regresen;  
tu silencio, más hondo que mi cantar humano,  
y tu ardor por cubrirse de flores que fenecen ...

Hay que tener presente que el poeta lírico es como un actor que está permanentemente en escena, hablándonos de él, de su mundo interior, y tocará el mundo externo, trayéndolo hacia sí y entregándonoslo, en cuanto esto lo modifica, lo estremece, lo conmueve.

Todo lo dicho anteriormente es relativo, como lo es todo lo nuestro humano; porque, aunque el hombre se ponga límites y definiciones, estará siempre presto a desbordarlas; a veces por rebeldía, a veces por impotencia, generalmente porque la realidad es más fuerte y es siempre peligroso fijar límites. Insensiblemente, se funde la noche con el alba y ¿quién podría señalar su límite preciso? Como dice Horacio en el Hamlet: “¿Quién fija y nombra la línea que separa la blanca luz de la nocturna sombra?”

Por lo que se refiere al paisaje en mi poesía, debo buscar su raíz en mi infancia. Crecí en el campo y en él permanecí hasta empezar mis estudios de humanidades, de modo que pude conocerlo muy bien. Fue en la provincia de Cautín, cerca de una aldea llamada Carahue, junto al río Imperial. En ese lugar de extraordinarias bellezas naturales fundó Pedro de Valdivia la que iba a ser la capital de Chile, “La Imperial”, como la llamó en honor de Carlos V. Los indios la destruyeron, y, reconstruida, tomó el nombre de Carahue, que en indígena significa “ciudad que fue”. Corren muchas leyendas, y todavía quedan muchos ilusos que tratan de encontrar el tesoro de la ciudad, arrojado, según ellos, al fondo del río. Como dije, esta región es de una gran belleza natural, que no intentaré describir. Sólo recordaré sus suaves colinas con trigos ondulantes y el valle del río. Neruda la recuerda en su poema “Quiero volver al Sur”.

Enfermo en Veracruz, recuerdo un día  
del Sur, mi tierra, un día de plata,  
como un rápido pez en el agua del cielo,  
Loncoche, Lonquimay, Carahue, desde arriba  
esparcidos, rodeados por silencio y raíces...  
El Sur es un caballo echado a pique,  
coronado con lentos árboles y rocío...

Este paisaje sureño quedó para siempre incorporado a mi visión interior. Recuerdo a los que me enseñaron a conocerlo y amarlo, gente sencilla; campesinos cuyo lenguaje naturalmente poético, aún tengo en mis oídos. Un lenguaje directo, en que la metáfora deja de ser una figura literaria. Cuando el campero me decía que tenía que abrigarme bien, “porque el puelche tiene buen cuchillo”, o, cuando, en la montaña, el baquiano gritaba, sacándose el sombrero: “Hay que saludar a los pellines, que son los abuelos de todos los árboles”, yo sabía que no estaban haciendo retórica. En el campesino, el paisaje no es exterior; está como incorporado a su vida interior, y los

elementos de la naturaleza son otros tantos seres con los cuales hay que entenderse como buenos o malos amigos. Conservan mucho del fetichismo primitivo. Hablan como lo expresa el sencillo poema de amor quechua anónimo, que en tres líneas entraña tanta poesía: "De irme, me iré, dando vueltas como el río, gritando como el viento, llorando como la lluvia. De irme, me iré".

Quiero también mencionar como una influencia en mi amor por el paisaje, además de mi infancia campesina, a un poeta casi olvidado hoy y que es en mi tierra una leyenda. Me refiero a Augusto Winter. En la biblioteca de mi madre existió un volumen de sus poemas, y recuerdo que fue el primer libro de poesía que tuve entre mis manos, y me impresionó profundamente. Personas de mi familia lo habían conocido, y a mis constantes preguntas me contaron de su vida sencilla, de su amor por la tierra, de su negativa a abandonar el villorrio donde vivía. Muchos años después fui a Puerto Saavedra y subí a la gran colina en que está el cementerio. Allí descansa también Augusto Winter entre los humildes hijos de la ciudad, mecido por el canto salvaje de ese mar del sur indómito y desolado. De vez en vez, muy a lo lejos, algún poeta transeúnte sube a visitarlo y le dedica algunas palabras. Después, vuelve a quedar solitario. Probablemente sus versos no resistan el análisis de la crítica moderna. No lo sé. Sólo quiero reconocer que le debo mi iniciación en el amor al paisaje lugareño y mi predilección por la sencillez.

Surge también aquí el rostro de mi padre. El me enseñó realmente a descubrir el campo. Supe por él los nombres de las enredaderas, de los arbustos, los notros, cuya extraña flor roja me fascinaba, de los pequeños ríos que vadeábamos, del viento y sus distintos presagios de lluvia o de bonanza. Cruzamos muchas veces la montaña en largas jornadas a caballo; hacia el mar, por la sierra de Nahuelbuta, entre los bosques de araucarias; o hacia la Cordillera de Los Andes, entre los altos robledales impenetrables.

Esta visión de trigos y bosques, esta naturaleza vigorosa, alucinada, por momentos casi agobiadora, se quedó para siempre en mí, y por eso creo que soy, antes que nada, una buena campesina. Muchas veces en medio de la agitación de la vida de ciudad, he añorado esos rostros que rodearon mi infancia. Rostros en los que el alma parecía estar a flor de piel. Sus ingenuas sombras suelen caminar conmigo y se asoman a veces en mi canto.